

# IDENTIDAD LASALIANA

(Un esquema de 3 x 3 + 1)

Hno. Antonio Botana

La identidad lasaliana es una identidad colectiva. A los que nos llamamos lasalianos nos permite reconocernos mutuamente y ser reconocidos en un modo de ser, de vivir, de actuar, de educar,... y en una serie de valores que determinan, al mismo tiempo, unas prioridades y unos criterios... Todo ello en un conjunto armónico que nos hace sentirnos a gusto. Formamos parte del mundo y de la Iglesia, pero con algo especial que ofrecer.

La identidad es algo vivo, no se puede reducir a esquemas. A la hora de expresarla o de decirnos a nosotros mismos lo que somos, intentamos encontrar unos ejes, unos núcleos,... y al hacerlo adoptamos siempre una determinada perspectiva. No hay que confundir la identidad con el esquema o la perspectiva que utilizamos para hablar de ella. Hay muchas formas de expresar la identidad lasaliana, hay esquemas más sencillos y otros más complejos... En todos ellos, si son auténticos, estarán presentes ciertos elementos esenciales. La utilización de esquemas diferentes puede ayudar a reconocer mejor esos elementos más esenciales y a relativizar otros más variables.

Aquí haremos una lectura de la identidad lasaliana con este esquema numérico: **3 x 3 + 1** (total: 10). Y esta es la perspectiva que nos guía en la lectura:

- la identidad es, ante todo, **un don**;
- en segundo lugar, es **un camino** o itinerario, y se vive mientras se camina;
- en tercer lugar, la identidad **es expresión**, produce cultura, se manifiesta de diversas formas que permiten reconocerla;
- finalmente, la misma identidad colectiva **se personaliza** de formas diferentes.

## 1. LA IDENTIDAD LASALIANA ES UN DON

### 1.1 El don de la Comunidad

La identidad lasaliana es, ante todo, un don. Es algo que nos viene dado, algo que encontramos hecho, algo que se nos regala, antes de ser el resultado de nuestro propio esfuerzo.

El don lo encontramos en este grupo variado de personas llamado “familia”, “comunidad”, “fraternidad”... (no importa ahora fijar el nombre) que lleva el calificativo de “lasaliana”. La pertenencia a este grupo es el conducto a través del cual se nos transmite la identidad lasaliana. Evidentemente no se trata de una simple inscripción más o menos oficial en una lista de nombres. La pertenencia es el resultado de los lazos producidos por la relación y la comunión entre los miembros del grupo.

La comunidad lasaliana es, ella misma, el primer rasgo de la identidad lasaliana: una fraternidad laical<sup>1</sup>, centrada en Cristo, atenta a las necesidades educativas de los pobres y,

---

<sup>1</sup> “*Fraternidad laical*”. Antes de referirse a un grupo de personas consagradas en la Vida Religiosa, el término “fraternidad” hace referencia al tipo de lazos que existen entre las personas que componen esta comunidad: no son sólo los lazos de un equipo de trabajo, sino los que Jesús propone en el Evangelio a sus seguidores, y que se representan de manera ideal en los Hechos de los Apóstoles, cuando dice de los primeros cristianos que “*tenían un sólo corazón y una sola alma*” (Act 4,32).

El calificativo “*laical*” no excluye la presencia de sacerdotes en la comunidad lasaliana, sino que subraya el carácter esencial de la relación horizontal –fraterna- entre los miembros de la comunidad, como miembros de base del Pueblo de Dios, en cuanto a la común dignidad y responsabilidad, que no les viene otorgado desde fuera, sino que procede del hecho de ser hijos de Dios, redimidos por Cristo y habitados por el Espíritu.

desde ellos, a todos los niños y jóvenes, y comprometida en la búsqueda de respuestas eficaces a esas necesidades desde la perspectiva del evangelio.

La pertenencia a la comunidad es un camino de doble dirección: lo que se nos da como un don es sólo una semilla, o una pequeña planta que debe crecer y madurar. Nos queda la tarea, consistente en un proceso de comunión para la misión; es el ejercicio de crear lazos de fraternidad, cada vez más fuertes y profundos, más allá de la simpatía y de los beneficios inmediatos. Nuestra identidad lasaliana crece y madura en la medida en que nos empeñamos en lograr esta fraternidad cuya motivación y finalidad es el servicio educativo de los pobres, pero no sólo para poder crear estructuras eficaces de educación, sino para ser signo del tipo de persona que queremos educar, la persona solidaria y fraterna que, en último término, será el hombre y la mujer según el evangelio de Jesús.

## **1.2 El don del Fundador**

El don de la comunidad lasaliana encierra otro don que se nos da para construir la identidad lasaliana: es la persona de san Juan Bautista de La Salle, el instrumento del cual se ha servido el Espíritu Santo para encarnar eso que llamamos “identidad lasaliana” en la Iglesia y en el mundo. Dicho de otra forma, la pertenencia a la familia lasaliana nos hace herederos de quien ha dado origen a esta familia; nos hace portadores de su sangre, es decir, de una forma de ser, de vivir, de ser creyente, de servir...

Y con Juan Bautista de La Salle nos sentimos especialmente ligados a otros miembros de la familia que a lo largo de la historia han asumido de manera extraordinaria los mejores valores de la familia, tales como Benildo, Miguel, Muciano, Escubilión, Teodoreto, y otros muchos.

El don de esta referencia familiar, casi “filiación” podemos decir, es también de ida y vuelta: no podemos ver a Juan Bautista de La Salle sólo como un símbolo más o menos entrañable. Nuestra identidad lasaliana crecerá y madurará en la medida en que él sea para nosotros un maestro y guía de vida espiritual. Para ello necesitamos dejarnos contrastar con su itinerario evangélico y con sus escritos.

## **1.3 El don del carisma**

La pertenencia a la comunidad lasaliana y la referencia a Juan Bautista de La Salle como Fundador y guía espiritual nos aporta el tercer don, el más interior y escondido, el que da vida a los otros: el carisma lasaliano. Es el don del Espíritu Santo, concedido a la Iglesia en la persona de Juan Bautista de La Salle y encarnado en la comunidad lasaliana.

El carisma es una fuerza, es una manera de mirar la vida, es una sensibilidad especial ante determinadas necesidades, que en nuestro caso son las necesidades educativas de los pobres, de los niños y jóvenes; es un sentimiento de responsabilidad que se despierta en nosotros para dar solución a esas necesidades, y es la creatividad que se genera para que las respuestas sean las mejores posibles, y es la capacidad de discernir entre las posibles opciones que se nos presentan y los criterios con los que hemos de actuar y dar respuesta.

El carisma lasaliano nos señala a los pobres, entre los niños y jóvenes, como los destinatarios preferidos de nuestra labor directa; y cuando educamos a los demás, lo hacemos desde la perspectiva de los pobres y en favor de ellos. El carisma lasaliano nos hace sensibles ante los distintos tipos de pobreza, pero al mismo tiempo atrae nuestra atención de manera especial hacia la pobreza económica, porque frecuentemente ella está en el origen de muchos otros tipos de pobreza.

El carisma lasaliano nos plantea el desafío constante de convertir cada obra o proyecto de educación en un proyecto de evangelización, donde la persona del alumno es el centro del proceso y donde Jesús y su Evangelio es el horizonte que orienta el proceso.

El carisma lasaliano nos enraíza en la comunidad. En cierto sentido podemos decir que la comunidad es para nosotros la tierra firme en la que nuestros pies adquieren seguridad para marchar a la misión; es también la tierra fértil donde la educación podrá fructificar; y es la tierra prometida, como estilo de vida hacia la cual conducimos a nuestros alumnos.

El carisma lasaliano nos conduce a valorar el oficio de educador y hacerlo crecer en calidad hasta convertirlo en verdadero ministerio eclesial.

Este es el don que el Espíritu Santo nos hace. Pero también éste es un camino de doble dirección, porque exige de nosotros el esfuerzo de la fidelidad creativa, para encarnar este carisma en las circunstancias y el tiempo que nos toca vivir. El hecho de haber recibido el carisma lasaliano nos compromete en la escucha atenta del Espíritu para dejarnos mover por El, siguiendo así la recomendación que La Salle tantas veces nos repite.

## **2. LA IDENTIDAD LASALIANA ES UN CAMINO**

Ahora ya, equipados con ese triple don, hemos de andar el camino. La identidad lasaliana se presenta como un camino que comienza en la comunidad y se anda en comunidad, “juntos y por asociación”.

Es un camino que tiene tres destinatarios, pero a los tres se les encuentra juntos, y no al final del camino, sino mientras caminamos.

- Es el camino de la misión, que nos lleva hacia los pobres y, desde ellos, a todos los niños y jóvenes.
- Es el camino de la experiencia de Dios; nos lleva al encuentro con el Dios de Jesús.
- Es el camino de la espiritualidad, del sentido último de la vida, y éste es el encuentro consigo mismo, con las raíces más profundas del ser.

### **2.1 El camino de la misión**

En lo que se refiere a la misión, lo específico de la identidad lasaliana se manifiesta en la imagen misma del camino. “La misión queda siempre por descubrir” (Regla FSC nº 51), no se identifica con estructuras concretas ni con las instituciones educativas, que son sólo medio. La única fidelidad que nos mueve es la que debemos a los pobres. Ni siquiera es suficiente con decir que nuestra fidelidad es a los niños y jóvenes, sino a los niños y jóvenes pobres. Son ellos los que están en nuestra preocupación cuando educamos a otros niños y jóvenes, para despertar la sensibilidad de éstos hacia los que son pobres.

El camino de la misión lasaliana comienza a cada paso en la pregunta por las necesidades de los destinatarios, de sus personas concretas. Y la respuesta no se limita a los conocimientos y habilidades que hemos de enseñar, sino que se sitúa siempre en el contexto de la comunidad y del Evangelio.

### **2.2 El camino de la experiencia de Dios**

La experiencia de Dios se vive como encuentro, pertenencia, consagración, envío. Es un camino de contemplación de la historia de salvación, desde una perspectiva marcada por la misión lasaliana.

Podríamos sintetizar esta experiencia en dos núcleos que La Salle sitúa como los dos centros de una elipse en sus Meditaciones 193 y 201 sobre el Ministerio de la Educación Cristiana:

- Dios quiere que todos le conozcan y se salven.
- Dios es comunión para la misión. El Padre, el Hijo y el Espíritu comparten entre sí la misión salvadora y nos asocian a nosotros en esa salvación.

Entre esos dos núcleos nos encontramos nosotros. Vivimos la experiencia de la luz que Dios ha puesto en nuestros corazones para iluminar con ella a los niños y jóvenes a los que El nos envía. Somos mediadores del Dios que salva.

Y de la misma forma que la misión nos conduce a esta experiencia de Dios, también desde esta experiencia del Dios que salva vamos al campo de la educación para contemplar la realidad del pobre, del niño y del joven, con la mirada misericordiosa de Dios y con la confianza en la capacidad de la persona, de cada alumno, para crecer y renovarse.

### **2.3 El camino de la espiritualidad**

Esta experiencia de flujo y reflujo entre la mirada al Dios que salva y la mirada a los niños y jóvenes que hemos de salvar, es lo que en lenguaje lasaliano conocemos como “espíritu de fe y celo”.

En este camino de la misión y de la contemplación de Dios nos descubrimos a nosotros mismos y nos damos cuenta de la necesidad de alimentar este espíritu que da sentido a cuanto hacemos y, sobre todo, a nuestras propias personas. Así es como se desarrolla la espiritualidad lasaliana, como una espiritualidad de la mediación. Entre el Dios que salva y los pobres que necesitan ser salvados, estamos nosotros. Y la necesidad que tenemos de dar respuestas eficaces a los pobres nos urge a recurrir a Dios para que nos enriquezca con los dones que necesitamos en la misión.

Vemos la comunidad que tenemos que construir y la obra educativa que hemos de realizar como obra de Dios, y a nosotros como los instrumentos de Dios, ministros y representantes de Jesucristo.

La espiritualidad es una búsqueda de sentido. El Fundador ha puesto en esta búsqueda un máximo de objetividad al señalarnos la Palabra de Dios como la mejor guía que acompaña, ilumina y da respuesta a nuestra búsqueda. Por eso el momento más intenso de la espiritualidad, el momento más fuerte de búsqueda de sentido y de Dios mismo, el ejercicio de la oración o contemplación, La Salle nos invita a hacerla con un sentimiento de fe que esté basado en la Sagrada Escritura.

## **3. LA IDENTIDAD LASALIANA SE EXPRESA EN LA CULTURA Y EN LA HISTORIA**

Estamos hablando de una identidad colectiva, y como tal, no sólo se siente o se experimenta en el interior de las personas, sino que se refleja en muchas formas de expresión, e incluso llega a producir un tipo de cultura común a todos los que participan en esa identidad, que está por encima de las diferencias debidas a la variedad de países, de razas, de culturas geográficas... en las que se encarna la identidad lasaliana.

La identidad no es equivalente a las expresiones en las cuales se manifiesta. Incluso pueden llegar a asumirse, y no es nada raro, muchas expresiones culturales lasalianas, sin participar en la identidad lasaliana. Pero sí es cierto que las expresiones culturales que reflejan nuestra identidad nos permiten reconocernos a los lasalianos de todo el mundo, y

también que, a través de esas expresiones, podemos llegar a los sentimientos o las experiencias que las han originado.

Me referiré aquí a tres tipos de expresiones de la identidad lasaliana.

### **3.1 Los iconos de familia**

Los iconos de familia son símbolos comunes que evocan en los miembros de la familia el mismo significado. Nos reconocemos en ellos, nos reflejan nuestra historia y nuestra identidad. La contemplación de los iconos nos permite conectar con las experiencias profundas y los sentimientos que han originado esos iconos. Y esta contemplación nos remite a determinadas actitudes que caracterizan a los miembros de la familia.

Por ejemplo, el icono que representa a Juan Bautista de La Salle con uno o dos niños (modernamente, un niño y una niña) y una de sus manos que está señalando a lo alto, lo encontramos en múltiples representaciones gráficas en todo el mundo lasaliano. No es un simple retrato de La Salle; es *un icono* que expresa elementos fundamentales de nuestra identidad: la misión, la Obra de Dios, la mediación del ministro, la actitud del educador...

Hay otros iconos muy elementales, comunes a todo el mundo lasaliano, como los “cabrios” del escudo lasaliano con el mensaje “indivisa manent” (“permanecen unidos”), o la estrella con el mensaje “signum fidei” (“señal de fe”).

Pero hay otros muchos iconos en la bibliografía lasaliana que quizá los tenemos poco representados, o no caemos en la cuenta de que son realmente expresivos de la identidad lasaliana. Por ejemplo:

- Unos magos que siguen la estrella, y adoran finalmente a Jesús. Meditación 96, para la fiesta de la Epifanía. Nos habla del itinerario de fe del educador que se deja conducir por las inspiraciones de Dios y llega al encuentro sacramental con Jesús en la persona de los niños y jóvenes a los que es enviado.
- San Martín de Tours rompiendo su capa en dos para compartirla con un pobre. Meditación 189. Necesitamos revestirnos nosotros del espíritu de Jesucristo para poder compartirlo con nuestros alumnos. Los dones que el Espíritu nos ha concedido son para ponerlos al servicio de la misión.
- El sueño de Jacob, los ángeles que suben y bajan por una escala... Meditación 198. Es nuestra oración ministerial. Necesitamos orar, acudir a Dios, escuchar su Palabra, porque la responsabilidad de nuestra misión con los niños y jóvenes así nos lo exige.

### **3.2 La cultura común, el vocabulario, las fórmulas...**

Desde nuestra espiritualidad, desde nuestra manera de entender la educación, hemos dado origen a muchas expresiones que son, frecuentemente, fórmulas densas de contenido; aunque ciertamente se pueden quedar absolutamente vacías si no tenemos el cuidado de revivir su contenido de vez en cuando, de interiorizarlas y ayudar a los recién llegados a captar los sentimientos, las vivencias que están detrás.

Bien usada, esta cultura común en vocabulario y expresiones es muy importante para alimentar el sentimiento de pertenencia a la misma familia y para comunicar a través de ella los elementos esenciales de nuestra identidad lasaliana.

El cristocentrismo que caracteriza nuestra espiritualidad está bien expresado en nuestro saludo comunitario “*Viva Jesús en nuestros corazones*”. Y la conciencia de estar colaborando en la Obra de Dios, en esa otra fórmula con la que comenzamos muchos de

nuestros actos comunitarios: *“Recordemos que estamos en la santa Presencia de Dios”*. La importancia que tiene nuestra labor educativa la señalamos con el término *“ministerio”*, y nosotros nos decimos *“ministros y representantes de Jesucristo”*, según la expresión paulina y lasaliana.

De nuestros orígenes nos vienen expresiones que hoy nosotros utilizamos frecuentemente, todas ellas con una carga emotiva fuerte porque se refieren a aspectos importantes de nuestra identidad, ya sea en su dimensión comunitaria, educativa, espiritual...: *“juntos y por asociación”*, *“mover los corazones de los alumnos”* (*“toucher les coeurs”*, en francés), actuar *“movidos por el espíritu”* (*“par le mouvement de l’Esprit”*)...

Pero la cultura sigue creándose y aparecen nuevas expresiones que reflejan nuestra sensibilidad más actual, tales como *“itinerario evangélico lasaliano”*, o las nuevas síntesis de identidad lasaliana: *“fe, fraternidad, servicio”*, o también *“fe, servicio, comunidad”*.

### **3.3 La identidad se ha hecho historia, y el relato continúa**

Para conocer una identidad, ya sea personal o colectiva, es necesario conocer la historia que ha dado origen a esa identidad, como también la historia que esta identidad ha producido. Pero de manera especial, cuando hablamos de una identidad colectiva, es necesario conocer su “mito fundacional”, o la historia de los orígenes.

En esta lectura de la historia hay un riesgo: el que hagamos sólo una lectura anecdótica, externa y distante. En ese caso no seremos capaces de encontrar la identidad. Es necesario leer la historia original como “mito”, tratando de encontrar lo que está más allá de las circunstancias históricas y llega hasta nosotros: así es como podemos reconocer el itinerario de la comunidad que en la década de 1680-1690 se introduce en un dinamismo que la transforma, y así es como podemos distinguir o adivinar los sentimientos, las actitudes, los propósitos de estas personas que se comprometen, se enfrentan a las dificultades, inician un nuevo camino, e intentan expresar su identidad naciente sin tener los medios ni las palabras adecuadas para ello.

Al leer nuestro mito fundacional, los acontecimientos se cargan de significado para nosotros; podemos decir que esos acontecimientos expresan nuestra identidad. Por eso el Capítulo General del año 2000, al hacer esta lectura, nos dice: *“El voto de los orígenes que asocia al Fundador con doce Hermanos en 1694, para el servicio educativo de los pobres, es la fuente de las asociaciones lasalianas entre seglares y religiosos que quieren juntarse para trabajar en la misión lasaliana. Éste es el origen de las nuevas respuestas asociativas para la misión”* (Circular 447, pp. 3-4).

Podríamos continuar esta lectura del mito fundacional y entonces nos daríamos cuenta, por ejemplo, que al elegir el nombre, en 1684, de “Hermanos de las Escuelas Cristianas”, ellos están proclamando el núcleo esencial de su propia identidad: una fraternidad para la misión educadora, una fraternidad ministerial, una comunión para la misión.

Y cuando en 1694, al día siguiente de pronunciar su voto de Asociación, los Hermanos eligen a Juan Bautista de La Salle como superior, ese acontecimiento revela la conciencia creciente entre ellos de ser una comunidad laical, no jerárquica, capaz de elegir a sus superiores, no en virtud de un sacramento sino del espíritu que les une.

Y la carta de los Hermanos a Juan Bautista de La Salle en 1714: el hecho nos habla de la capacidad regenerativa del cuerpo de la Sociedad lasaliana, gracias a su voto de Asociación; nos habla de responsabilidad compartida, de conciencia de tener un espíritu común, de ser Obra de Dios y de hacer un gran servicio a la Iglesia.

Al leer así la historia, desde dentro, nos sentimos protagonistas de esos acontecimientos aunque no estemos materialmente “allí”, y nos sentimos también llamados a dar continuidad al relato, a seguir haciendo historia desde esta identidad colectiva. Pero, sobre todo, nos damos cuenta de la clave que es necesario mantener para continuar el relato, la trama que le da vida y lo regenera es esta comunión para la misión, es la asociación para el servicio educativo de los pobres.

#### **4. IDENTIDAD COLECTIVA, PERO PERSONALIZADA**

La identidad lasaliana, como toda identidad colectiva, ha de ser personalizada en cada individuo, y se vivirá con muchos matices y acentuaciones diferentes. Hubo un tiempo en que la identidad lasaliana era exclusiva del Hermano, es decir: hombre célibe consagrado. Y ya entonces se daban muchas diferencias, como reconocía en 1967 la “Declaración del Hermano en el mundo actual”: *“El origen sociocultural, la maduración psicológica, el grado de experiencia humana y cristiana, varían de unos a otros individuos y, en el mismo individuo, de un período a otro durante la vida”* (D 14.2).

Hoy la identidad lasaliana se puede vivir como religioso o como seglar, hombre o mujer, célibe o casado, en la gran variedad de sociedades y culturas del mundo, como católico o de otra religión cristiana, pero también en otras religiones no cristianas: porque el Espíritu sopla donde quiere y sus carismas se extienden más allá de las estructuras oficiales de la Iglesia.

La lectura que hoy tenemos de la identidad lasaliana está hecha, casi en exclusiva, desde la perspectiva del Hermano, y desde el contexto europeo o americano. A partir de ahora esta lectura tendrá que enriquecerse con nuevas perspectivas; están comenzando ya las lecturas desde los seglares. Probablemente la lectura femenina pondrá de manifiesto muchos aspectos de la identidad lasaliana que hoy apenas tenemos en cuenta.

Cuando en una identidad colectiva, como es la lasaliana, vivida tradicionalmente por un determinado grupo, en este caso los Hermanos, entra otro grupo diferente de personas, los seglares, la tendencia en la primera fase es copiar lo que los primeros hacían; se toma al primer grupo como modelo. La segunda fase es la de la originalidad, el querer vivir la identidad desde lo que es específico del propio grupo. Entonces comienza el reto, que es una tensión entre dos polos: dar cauce a la diversidad, y al mismo tiempo mantener lo que debe ser común porque es el núcleo esencial de la identidad colectiva. Y a medida que la composición de nuestra familia lasaliana se enriquece con nuevos grupos de muy diversas procedencias, se hace necesario reforzar el lazo común, facilitar la identificación de los diversos miembros con el eje espiritual y cultural de la familia. He aquí por qué tenemos hoy tanto interés en llegar a decirnos de manera clara en qué consiste, esencialmente, la identidad lasaliana.